

Eloísa Díaz: ejemplo de una vocación transformada en servicio



Cristian Matamala Poblete.

Profesor de Filosofía y Magíster en Educación. Director (I) de Formación e Identidad Santo Tomás Los Ángeles.



Existen historias de vida que no solo marcan la época en que se sitúan, sino que logran trascender el tiempo para cuestionarnos, generación tras generación, sobre el verdadero sentido de lo que hacemos e invitarnos, desde el ejemplo y la reflexión, a comprometernos con propósitos más trascendentales. En esta línea, la vida de Eloísa Díaz Insunza, la primera mujer en convertirse en médica en Chile y Latinoamérica, aparece no solo como un referente histórico, sino como una inspiración para las nuevas generaciones.

En la Universidad Santo Tomás entendemos la educación como una experiencia verdaderamente transformadora, que impacta positivamente tanto a los estudiantes como a la sociedad. Por ello, cada año profundizamos nuestra identidad formativa a través del Tema Sello, que invita a la comunidad a contemplar un personaje cuya vida encarne los valores que buscamos desarrollar. Este 2026, esa designación recae en Eloísa Díaz, quien ilumina los valores de fraternidad y solidaridad.

Nacida en 1866, en un contexto que restringía el acceso de las mujeres a la educación superior, Eloísa no solo desafió los obstáculos de su tiempo —debió contar con permiso especial para estudiar, tomar lecciones de anatomía detrás de un biombo y asistir a clases acompañada de su madre—, sino que abrió caminos impensables y se tituló en 1887 en la Universidad de Chile como médica cirujana. Más allá de este logro, su legado radica en haber entendido la profesión como una forma de servicio hacia los más necesitados.

Dedicó su carrera a la salud pública, especialmente al ámbito escolar y a la protección de niñas y niños en situación de vulnerabilidad. Desde su rol como médica inspectora impulsó avances en higiene, prevención y ali-

mentación, mejorando las condiciones de vida de miles de estudiantes. Entre sus aportes destacan el desayuno escolar para enfrentar la desnutrición infantil, campañas de vacunación, la prevención de enfermedades como el raquitismo y la tuberculosis, y la creación de jardines infantiles y servicios dentales en las escuelas. En ello se expresa una comprensión profunda de la fraternidad como reconocimiento del otro, y de la solidaridad como la decisión de poner capacidades al servicio del bien común.

En la Universidad Santo Tomás, estos valores no son solo declaraciones, sino horizontes formativos, pues entendemos la educación como un proceso integral donde el desarrollo académico va de la mano con la formación del carácter y la responsabilidad social. Desde el área de Formación e Identidad, que tengo el privilegio de dirigir, buscamos abrir espacios para que estas convicciones no queden en los manuales, sino que se traduzcan en experiencias significativas. Nos interesa que cada estudiante se pregunte qué tipo de profesional quiere ser, pero sobre todo qué tipo de persona quiere llegar a ser en relación con los demás.

En definitiva, la historia de Eloísa Díaz nos recuerda una cuestión esencial: la excelencia profesional no está dada únicamente por los logros académicos. Es en el encuentro con otros, en el reconocimiento de su dignidad y en la disposición a servir, donde esa excelencia encuentra su verdadero sentido y plenitud.

Sin duda, Eloísa Díaz no solo abrió puertas en la historia de la medicina y de la equidad de género, sino que nos dejó una forma de habitar la profesión: con convicción, sensibilidad y un profundo compromiso con los demás. Ese es, quizás, el legado que más nos urge reivindicar.